

**Mario Gallardo**

**Miguel Huevo Mixco, expedicionario. A propósito de *Expedicionarios* de Miguel Huevo Mixco**

Universidad Nacional Autónoma de Honduras

[mogallardo@gmail.com](mailto:mogallardo@gmail.com)

El libro apareció como por arte de magia en mi habitación del hotel Barceló Managua el martes 24 de mayo de 2016. De formato pequeño, casi una miniatura exquisita, con una sobria portada en la que destaca una máquina de escribir Favorit de la que surge el subtítulo apenas perceptible: “Una poética de la aventura”, seguido por el título del volumen: *EXPE-DICIO-NARIOS* (así, segmentado y en mayúscula), coronado por el nombre del autor: Miguel Huevo Mixco. Reviso los datos y veo que se trata de la primera edición que ha salido a la luz apenas en abril de este año, publicado por Laberinto Editorial en El Salvador. En ese momento me percaté que al saltarme una página también me había perdido la dedicatoria: “Para Mario, con el abrazo de su amigo, Miguel, 2016”. Sonríe, agradecido, y comienzo a leer. Apenas reviso el índice, voy directo a la “Nota del autor” y a partir de ahí empieza una aventura a lo largo de siete ensayos.

Aventura, literatura, palabras que marchan de la mano. Pese a que el ejercicio literario puede ser considerado una actividad aburrida, desprovista de peligros, que condena al practicante a un ámbito restringido donde el único riesgo posible proviene de una metáfora fallida o de un lapsus narrativo, Huevo Mixco nos acerca en *Expedicionarios* a la obra de siete escritores (aunque a Salazar se le conoce mejor por su obra gráfica) que participaron “de distintas maneras en toda clase de conflagraciones”. Y por conflagraciones debemos entender que vivieron (o mejor dicho participaron, sufrieron o fueron víctimas de) guerras, persecuciones políticas, juicios sumarios, exilios y ejecuciones. Pero los ensayos que componen este prolijo ejercicio del criterio

se encuentran, además, bajo el signo de una búsqueda personal, su autor está empeñado a través de la lectura, la reflexión y la escritura, “en conocer el rumbo que tomaron sus vidas cuando dejaron de rugir los cañones”. No obstante, otro apremio aparecerá en la línea siguiente: “Ahora puedo decirlo: era una desesperada búsqueda de nuevos referentes.” Búsqueda emprendida, podemos agregar, tras el fin del conflicto armado en El Salvador.

“Quien dice aventura dice acción”, enfatiza en un ensayo Heinz-Peter Endress, el hispanista alemán que asegura que “la aventura es la situación favorita de don Quijote, la situación que anhela, la situación ideal”. Al finalizar la lectura de *Expedicionarios* no estoy seguro de que la aventura haya sido la situación ideal que anhelaran estos escritores. Sobre todo para René Char, Italo Calvino y Ernest Jünger la conclusión más bien podría ser que fue la historia que les impuso, como una tirana veleidosa, que en determinada época de sus vidas se entregaran a la “acción concreta” como única forma de sobrevivir. Y creo que para el autor tampoco fue menos complicado revelar que su participación en la guerrilla salvadoreña pudo empezar a ser descrita, a partir de una tertulia que tuvo lugar en Yaddo el verano de 1993, como una “aventura”, visto el poco prestigio que el término tuvo (y tiene) entre las huestes revolucionarias, donde más bien alude “a romántica irresponsabilidad, a riesgoso individualismo que atenta contra la disciplina y la acción política”. Casi al final del libro, en el ensayo dedicado a la figura de Roque Dalton, probablemente el más intenso de los que aparecen en este libro, una frase “histórica” confirmará la magnitud del riesgo implícito en el adjetivo: “ningún pequeño burgués **aventurero** merece ser muerto sólo por el hecho de serlo”.

Aunque Huevo Mixco expresa al inicio del libro que en la citada tertulia de Yaddo intentó explicar que “el final de la guerra (civil salvadoreña) era también el final de la aventura más emocionante que había vivido”, esta apreciación personal no influye en la valoración objetiva que hace de cada uno de los autores que conforman su canon particular. En otras palabras, los ensayos incluidos en *Expedicionarios* no se abandonan a la emoción ni al lirismo fácil, mucho menos al determinismo falaz, siempre apelan al dato decisivo, a la referencia inobjetable que humaniza al escritor, que ilumina determinado aspecto de su vida, de su andadura creativa. Como

la anécdota que muestra a Calvino decidido a dictar en inglés las Charles Eliot Norton Lectures en Harvard, lo que su amigo Gore Vidal considera un gesto de valentía, dado que su dominio de la lengua de Shakespeare apenas podía calificarse como “titubeante”.

Pese a la importancia que en cada uno de los ensayos posee tan particular “correlato objetivo”, es obligado señalar en *Expedicionarios* la completa ausencia de pedantería. Huevo Mixco transita en medio de un aluvión de referencias con una sencillez avasallante. Hurga, paciente, entre poemas, novelas, entrevistas, cartas y biografías hasta encontrar la idea que necesita para reforzar un argumento. Tampoco sería exagerado referirse a la economía casi borgiana de su prosa, sin renunciar, poeta al fin, a la frase refinada, a la imagen reveladora y al giro elegante. Después de un par de conversaciones que sostuvimos en el recién pasado “Centroamérica cuenta”, donde además le escuché en un par de coloquios, puedo afirmar sin remordimiento alguno que este libro se parece muchísimo a su autor.

Resulta evidente que estamos ante una relectura sin estridencias de los que han sido sus autores de cabecera; Huevo Mixco relee y reflexiona como parte de un acto de justicia que no admite condenas definitivas. Es así como sobreesee a Jünger, tras la glorificación de la acción armada que califica como su “delirio belicista”, al ponderar una evolución ético-literaria que va de *Tempestades de acero* a *Sobre los acantilados de mármol*, apoyado sobre todo en el juicio de Steiner, quien considera a esta última novela como “el mayor acto de resistencia y de sabotaje interno que se produjo en la literatura alemana en los días de Hitler”. Ante la condena casi generalizada que pesa sobre Jünger, Huevo Mixco rescata anécdotas como el apodo que el autor alemán había acuñado para designar a Hitler, para después afirmar que París le cambió la vida. Aquí termina citando al propio Jünger, que en su diario dijo: “París sigue siendo, en un sentido casi más importante que antes, una capital, símbolo y baluarte de unas excelsas formas de vida.”

En el ensayo sobre Calvino, llama la atención que haya enfocado su análisis en la actividad como editor de Einaudi que el joven ex-partisano desplegara apenas terminada la guerra, y de la cual tenemos noticias a partir de la publicación de las cartas contenidas en *Los libros de los otros* (1994). Y apunto lo anterior porque esta escogencia revela también una voluntad de estilo, al

privilegiar un epistolario antes que la obra de corte fantástico por la que Calvino ha alcanzado mayor popularidad. Por encima de la celebrada trilogía *Nuestros antepasados* y otros textos de similar factura, Huevo Mixco opta por ahondar en los severos criterios contenidos en las cartas recogidas en *Los libros de los otros* y en las citas de los diarios contenidas en *Ermitaño en París*, en busca de las claves que le permitan acercarse al pensamiento esencial del mayor narrador italiano de la posguerra, a quien el autor salvadoreño también distingue como “el último de la banda de los grandes *americanisti*”. Al final, el perfil que logra de Calvino nos revela las trazas de un pensador libertario, comprometido con su tiempo, que sufría “por lo que el mundo es y por lo que no es y podría ser, y sin embargo lo representa como un espectáculo multicolor y multiforme que ha de contemplar con irónica sabiduría”.

Mientras tanto, los textos sobre René Char y Joseph Brodsky revelan que estamos ante poetas que han sido fundamentales en la formación de Huevo Mixco, sobre todo en lo que se refiere a la construcción de un ideario ético-estético. En ambos ensayos el autor se muestra confesional: Char y su poemario *Las hojas de Hipnos* le proveyeron los argumentos que sustentaron su decisión de unirse a la guerrilla salvadoreña, mientras que la experiencia disidente de Brodsky y su visión de que la ética de un poeta es su estética, “trastornaron” su manera de entender el compromiso del escritor con su sociedad y su tiempo. En este último caso, una frase lo resume todo: “La lectura de sus ensayos terminó de demoler mi propio muro de Berlín.” No obstante, en la relectura se amplía la mirada y el autor busca además contextualizar en Char su evolución hasta convertirse en referente moral “y en gruñón apocalíptico de la Europa de posguerra”, mientras indaga en Brodsky ideas demoledoras, como que el “origen del poder del poeta proviene de su superioridad lingüística” o que “el talento no necesita de la historia”. Y para quienes gustan de las anécdotas “extraliterarias”, ahí están los juicios que Char y Brodsky emitieron con auténtico desparpajo sobre Borges y Nabokov ... y otros más.

Más allá de la anécdota, estos ensayos sobre Char (1998) y Brodsky (2000) aparentemente prepararon al autor para emprender una tarea difícil y hasta peligrosa: perfilar la figura ‘aventurera’ de Roque Dalton –a quien califica como el poeta más prestigioso de su generación–

así como las circunstancias que rodearon su distanciamiento de Cuba y su posterior asesinato en El Salvador. En “Roque Dalton, un corazón aventurero” (que apareció con el título “Cuando salí de La Habana ... una historia prohibida de Roque Dalton”, en el no. 44 de la revista colombiana *El Malpensante*, en febrero de 2003) nos plantamos ante un ensayo arriesgado en busca de aclarar circunstancias, de hilvanar testimonios que arrojen luz sobre el mito Dalton y su “muerte horrenda”, como la llamó Julio Cortázar. No pretendo resumir ni adelantar en una reseña las posibles claves de este ejercicio de riesgo, pero sí puedo afirmar que es evidente que Huevo Mixco se ha dejado la piel en este texto de una tensión casi insoportable, *donde cada palabra está en su casa*, donde el autor ha intentado refrenar juicios en aras de la objetividad, pero termina cediendo al hecho fundamental de haber sido actor y testigo de primera fila del proceso revolucionario que duró diez años y tuvo como uno de sus episodios más dolorosos el llamado “juicio de Dalton” y su posterior asesinato. Este episodio es narrado en el apartado titulado “El aventurero” con una concisión tal que no admite desperdicio, desde la ironía contenida en el seudónimo *Dreyfus* escogido por Dalton, hasta los detalles más dolorosos que precedieron a su horrenda muerte, pasando por cada una de las sinrazones contenidas en las acusaciones “construidas” por sus camaradas para justificar la condena del poeta epónimo de la revolución salvadoreña.

Antes, en el apartado titulado “Historias prohibidas” se documentan los desencuentros de Dalton con figuras como Fernández Retamar y Mario Benedetti que finalmente lo llevaron al rompimiento definitivo con el engranaje cultural de Casa de las Américas y, tiempo después, provocaron que Genoveva Daniel, funcionaria de la institución, llegara a decir públicamente que ya “no se sabía si (Dalton) todavía era revolucionario o no”. De la renuncia “por motivos de fuerza mayor” al “juicio revolucionario” no habría de recorrerse mucho camino. Y aunque la historia de la ejecución del poeta Dalton es de conocimiento general, hay algo en este ensayo de Huevo Mixco que la vuelve aún más dolorosa, tal vez es la sucinta descripción de la paliza que le propina Rogel Umaña, o la frase infame: “tengo ganas de matar a pura verga a este intelectual de mierda”, o la descarnada mención a “un solo tiro entre la nuca y el occipital”.

En el párrafo final del texto sobre Dalton se hace gala de la ironía que también marca “En el jardín de la guerra florida”, el ensayo sobre Roberto Bolaño que cierra este volumen. Aquí el objetivo es preciso: desvirtuar dos “leyendas urbanas” que afirman que a) Bolaño estuvo en El Salvador con Roque Dalton y b) que durante esa estancia había conocido a sus asesinos. Tras advertir que devora todo lo que encuentra sobre Bolaño, a continuación Huevo Mixco no requiere de mayores esfuerzos para deshacer ambos entuertos. Para la primera leyenda, explica y documenta detalles de la relación Jaime Quesada-Manuel Sorto-Roberto Bolaño, hasta concluir que fue materialmente imposible que el novelista chileno y el poeta salvadoreño se hayan conocido. Para desvirtuar la segunda “leyenda”, que fue difundida por el propio Bolaño, de nuevo recurre Huevo Mixco a la figura de Manuel Sorto, quien fuera el anfitrión y guía del novelista chileno durante su corta estadía en El Salvador. Además, cita una conversación sostenida con Eduardo Sancho (a) *Fermán Cienfuegos*, a quien Bolaño afirma haber conocido y al que también señala como “uno de los que dieron la orden de matar a Roque Dalton”. A la valoración final, implacable, de estas “leyendas bolañescas”, podrían ilustrarla dos frases: la primera alude a la participación del novelista chileno en la resistencia contra Pinochet “que lo hace aparecer como un chaval blandiendo una espada de madera”. La segunda es una cita de Juan Villoro que Huevo Mixco hace propia: “¿Hasta dónde hay que tomar al pie de la letra sus provocaciones, sus salidas de tono, sus bromas, sus afortunadas desmesuras?”

En conclusión, *Expedicionarios*, este periplo a la vez personalísimo y erudito, podría ser descrito parafraseando el epígrafe de Rimbaud que abre este volumen y con el nombre de su autor como protagonista: “Miguel Huevo Mixco ha viajado, cazado en los desiertos, dormido en el empedrado de ciudades desconocidas, sin cuidados, sin penas” y podríamos añadir que ha vuelto de esta *saison en enfer* como “el hombre” de Coleridge: con una flor imposible en la mano.

Huevo Mixco, Miguel. *Expedicionarios*. San Salvador: Laberinto Editorial, 2016. 138 págs.